

1855

-15-

BOLETA.

JUSTIFICACION

DE LA CONDUCTA

POLITICA Y MILITAR,

DEL

GENERAL GONZALO LANZA

EN LOS

ULTIMOS ACONTECIMIENTOS

DE SU

PATRIA.

Imprenta de Francisco Ibañez y Herm.

1855.

JUSTIFICACION

DE MI CONDUCTA

POLITICA Y MILITAR

EN LOS ULTIMOS SUCECOS

OCURRIDOS EN MI PATRIA.

DESDE mi mas temprana juventud he pertenecido a la honrosa carrera de las armas. Habiendo sentado plaza el año 23, he concurrido en todas las campañas y batallas que ha tenido el Ejército de la Patria, desde Zepita hasta Ingavi. Empero no he derramado la sangre de mis hermanos en los combates de la guerra civil. Aunque como militar no he podido dejar de pertenecer a uno u otro de los diferentes partidos, que se han ajitado en el seno de la República, la Providencia me ha preservado de todo conflicto fratricida; hasta el combate de Pucarani, en que defendí los derechos mas sagrados de la Nacion contra una faccion inmoral y usurpadora.

HE servido con lealtad a todos los Gobiernos establecidos. Muy subalterno aun a la caida del General Sucre, vi con inutil pesar la desaparicion de un Gobierno que tantos bienes habia hecho a la Patria. Presencí la caida del General Blanco, cuyo poder fué tan efímero como bastardo. Seguí las banderas del General Santa-Cruz hasta la derrota de Yungay, en la que cai herido y prisionero. De regreso a mi patria, fui siempre consecuente a los Gobiernos que en ella se han sucedido. Injustos recelos que mis enemigos inspiraran al General Ballivan, con ocasion del asalto del 5 de Junio, ejecutado por el Coronel Belzu, hicieron que aquel Jefe me sepa-

rara del servicio; cuando yo le habia salvado la vida, sosteniendo mi puesto en el palacio del Supremo Gobierno, hasta que el Presidente se pusiera en salvo. Este desaire no alterô mi lealtad; y no tomé parte en la revolucion de Diciembre del 47, sino despues de consumada, obedeciendo al llamamiento del pueblo, que me nombrô Comandante general del Departamento de la Paz.

EL año 48 me encargué de la Comandancia general de Cochabamba, por orden del General Velasco. Repentinamente se me creyó complicado en la conspiracion del Ministro de la Guerra, General Belzu, y se resolvió prenderme: estuvo ya dispuesto el calabozo a que se me destinara, y aun colocado el centinela que debia custodiarme. Busqué mi seguridad personal en la revolucion y la hice con un piquete de invalidos, la tarde del 6 de Octubre de dicho año. El General Belzu habia denunciado a sus propios cómplices ante el Congreso: habia presentado la correspondencia epistolar de todos los Jefes del Ejército, comprendidos en la conspiracion; mas no produjo nunca un solo documento que me caracterizase como partidario suyo. El paso que di en Cochabamba fuè efecto de un momento de exaservacion, en que me puso la conducta del mismo Gobierno.

DURANTE la administracion del General Belzu he sacrificado constantemente a la lealtad militar hasta mis deberes de ciudadano. Prefecto y Comandante general en casi todos los Departamentos de la República; Ministro de la Guerra; Jefe Superior político y militar de los Departamentos del Sur; Comandante general de la division que el año 53 expedicionó sobre el Departamento de Santa-Cruz a sofocar la revolucion que habia estallado allí; y sobre todo con poderosas influencias en el Ejército, he podido en mil ocasiones diversas erigirme en Dictador, derrocando el poder aborrecido del General Belzu. Pero el honor y mi misma posicion me imponian el deber de permanecer fiel. Habia contra mí preocupaciones vulgares y resentimientos injustos en los partidarios de oposicion.

SE me imputaba haber ordenado el saqueo de Marzo en Cochabamba, donde me hallaba prisionero de la revolucion, cuando un rejimiento, el cuerpo de Inválidos y la plebe de la ciudad hicieron la reaccion en fa-

vor del General Belzu. Puesto en libertad por las fuerzas reaccionarias, ví que el rejimiento habia estado para salir a tomar parte en el saco a que la plebe comenzara á entregarse. "El pueblo está saqueado, gritaban los soldados, ¿por qué no hemos de tomar parte?" Me presenté al frente de la tropa, a la que reprochando altamente su vergonzosa conducta mandé echar pie a tierra y permanecer en el cuartel. Avisado por el Coronel Tadeo Borda de que la plebe saqueaba efectivamente el almacén de D. Agustín Morales, le di una compañía de flanqueadores, y le ordené que impidiera a todo trance ese saqueo y todo atentado contra la propiedad. Era denoche: la division reaccionaria se hallaba en desorden en el cuartel: yo me habia puesto de improviso a la cabeza de ella: me ocupaba en ordenarla. No podia haber hecho mas en esos críticos momentos.

EL saqueo habia estado consumado, cuando la compañía de flanqueadores llegó a la puerta del almacén del Coronel Morales. Sin embargo se evitó que se hiciera general en toda la ciudad, aunque la plebe no habia dejado de atacar algunas casas mas, en cuyas inmediaciones no se sintiera la presencia de la fuerza armada. Empero al dia siguiente mandé publicar por bando un decreto en que ordené que se restituyeran a sus respectivos dueños los bienes saqueados. Verificábase la restitution, cuando llegó a Cochabamba el General Belzu, y desde las tribunas del palacio arengó al pueblo reunido en la plaza, aprobando el saqueo y santificando toda clase de atentados contra las personas y las propiedades de los ballivianistas. Me reconvino de haber ordenado la restitution, y prohibió a los Jueces oír demandas ni reclamos a cerca de los bienes saqueados. Apelo, sobre la verdad de esta lacónica relacion, al testimonio del pueblo de Cochabamba y al de los Jefes y Oficiales que componian la division reaccionaria. Yo no era autoridad constituida en esas circunstancias; era preso de estado incomunicado, a quien una repentina variacion de cosas habia puesto en libertad. En el acto mismo de la reaccion estuvo en peligro mi vida; porque el centinela que me custodiaba iba a hacer fuego contra mí. No tenia pues responsabilidad ninguna ni por los desórdenes y atentados de la plebe, que no habia estado bajo mi autoridad, ni por

los excesos que habiese podido cometer la tropa, que nadie habia puesto bajo mis órdenes. Harto hice en haberme constituido de hecho Jefe de la division, y preservadola de un desborde que parecia inevitable. Ningun individuo de tropa se mezcló en el saqueo. Este fué obra esclusiva de la plebe y de los reclutas que habian fugado escalando las paredes del cuartel. Unos cuantos cochabambinos muy conocidos los habian capitaneado. Luis Valverde habia llevado instrucciones de Belzu desde la Paz para el efecto, con mucha anticipacion. A pesar de todo, se me inculpó por el Coronel Morales en un escrito presentado al Congreso del año 50. Yo me defendí entónces mismo por la prensa; pero no pude hacerlo con la libertad que ahora, porque me hallaba bajo el poder del primer corifeo de los saqueos.

MIS enemigos han jeneralizado contra mi el oprobioso cargo de haber hecho talar con tropas de mi mando la hacienda de la Barca, propia de un Sr. Zegada. Mi descargo es muy sencillo. Jamás he pasado con tropas por esa finca; y mis enemigos me han calumniado groseramente.

SE me ha acusado tambien de haber mandado quemar los archivos del Congreso, la vez que entré a Sucre con una division que conduje de Cochabamba, antes de la batalla de Yamparaez. Esta es otra calumnia atroz, que necesito desvanecer no solo para vindicar mi honor, sino tambien el de la clase militar, que seria mirada con horror si se la creyese capaz de tan bárbaro atentado. Una sencilla narracion de lo que entónces ocurrió pondrá en evidencia la mala fe de mis detractores.

ESTABAMOS en el calor de la guerra civil, cuando llegué a Sucre con una division compuesta de un batallon y un escuadron. Aquella capital acababa de ser teatro de graves acontecimientos. Allí habia sido, pocos dias ántes, el sepulcro del batallon Carabineros. La poblacion habia tomado muy a pecho la causa del General Velasco. A mi entrada, que fué el 22 de Noviembre de 1848, me encontré en un campo enemigo; y debia tomar todas las precauciones que exijian las circunstancias. A no haber caido una lluvia constante y copiosa el dia de mi entrada, habria mandado que la division campase en la plaza o a la orilla de la ciudad. Pero llovió, y fué preciso alojar la tropa bajo de techo: el escuadron fué

destinado a la casa de Gobierno, y el batallon al patio y corredores del palacio del Cuerpo Legislativo, con espresa prohibicion de que se tocara ni a la puerta de la sala de sesiones ni de ninguno de los departamentos ocupados con las secretarias y archivos del Congreso. Consulté la intermediacion de los dos cuerpos, y previne todo detrimento en los edificios ocupados. Algun individuo del batallon, exaltado sin duda con el recuerdo de las opiniones de estermio del ejército, emitidas en la última legislatura, habia abierto una oficina y extraido de ella varios ejemplares del "Redactor oficial" de las Cámaras. Pero nunca se habia atrevido a atentar a los libros autógrafos ni a los documentos orijinales depositados en los archivos. ¡Quemada debiera ser, y reducida a carbon y ceniza, la sacrílega mano que hubiese profanado las Tablas de la Ley!

YO ignoré el hecho referido, hasta que en el pueblo de Puna se me informó de él; y a pesar de que no tenia otro carácter que el de una culpable imprudencia, al saberlo me llené de indignacion y de pesar. Habria dado de baja a su autor si me hubiera sido conocido.

EL espíritu de partido me habia presentado como reo de crímenes que no solo no consentí, sino que traté de evitar a todo trance; y de atentados imaginarios, como la tala de la Barca y la quemazon de los archivos del Congreso. Pero el tiempo ha desvanecido completamente todas las preocupaciones que pasajeraamente se habia conseguido inculcar en el ánimo de las mayorias sin reflexion ni medios de averiguar la verdad. Se me consideraba como la columna mas sólida del gobierno del General Belzu, y los partidos de oposicion, desconociendo en cierto modo sus propios intereses, me hacian la guerra a todo trance, me ponian en entredicho con el pais, y me obligaban a permanecer en una posicion que ya repugnaba a mi conciencia.

EN Agosto del año 50 me hallaba en la capital de la República, sin mando de fuerza alguna. El acontecimiento del 6 de Setiembre fué la causa de que el Consejo de Ministros, a quienes el Congreso habia investido del Poder Ejecutivo con facultades omnímodas, me hiciese Jefe de Estado Mayor General. En esta nueva posicion, que acepté porque creí que el Ministerio obraria con verdadero patriotismo, fuí testigo de crímenes y

de maldades inauditas.

VI la ejecucion del Coronel Laguna, Presidente del Senado, víctima de la ambicion de los Ministros y de la venganza particular del General Telles, a quien el desgraciado Senador habia humillado pocos dias antes, con motivo de unos cargos que el Ministro le hiciera acerca de los fondos del batallon que antes de la reunion del Congreso habia estado a sus órdenes. El General Telles, al recibir el aviso de la sentencia de Laguna, que habia sido condenado a muerte por el Consejo de guerra, exclamó lleno de un gozo brutal: "¡COSACHA!", y mandò que en el acto se le pusiera en capilla, y que se le ejecutara al dia siguiente por la mañana.

LA prision y la muerte del Coronel Laguna habian exitado en alto grado las susceptibilidades de la Cámara de Senadores, y habian orijinado un completo desacuerdo entre el Senado y el Ministerio. La razon estuvo sin duda de parte de la Cámara; porque se habia preso sin permiso de ella a uno de sus miembros, que a la sazón desempeñaba las funciones de Presidente, y en seguida se le habia condenado a muerte por una comisión militar y se le habia ejecutado el 19 de Setiembre. En este estado manda prender el Gobierno al Senador de Cobija el 24 del mismo mes, sin mas antecedente que el de haberse espresado en una sesion del Senado con un poco de acritud contra el Ministro de la guerra.

Las Cámaras no pudieron ser indiferentes a tan bárbaros y repetidos ataques contra la inviolabilidad de sus miembros. Reúnense en Congreso y se proponen retirarles a los Ministros las facultades extraordinarias, cuyos primeros abusos se habian dirijido contra ellas mismas. El Teniente Coronel Isidoro Valencia, que habia estado en la barra, y escuchado las alocuciones de los Diputados contra los atentados del Ministerio, da parte a este de lo que pasaba en la sesion. El General Telles da inmediatamente la órden de que se destaque cien hombres del batallon Illimani sobre el Congreso, y que en la misma sala de sesiones se haga fuego a los Diputados. "Que no quede uno" decia arrojando espuma por la boca, con aquella bárbara ferocidad que los estúpidos y cobardes suelen desplegar, cuando se ven apoyados por la fuerza,

para asesinar impunemente a los indefensos. Yo impedí que se diese cumplimiento a ese mandato brutal. Salvé las vidas de los Diputados; y no pude hacer mas.

EL sangriento espectáculo de las frecuentes ejecuciones, las proscripciones en masa y la desolacion general de la República, habian irritado casi todos los ànimos en el Ejército. La mayor parte de los Jefes y Oficiales me estimulaban a salvar la Patria de la feroz dictadura de los Ministros. Yo era un General de la Nacion, generosa dispensadora de grados, honores y sueldos. Al servicio de ella, y no al de cuatro tiranos desalmados, debí poner mi espada. Ví que derramaban sangre inocente, que satisfacian venganzas innobles y que ejercian persecuciones injustas e innecesarias; y me resolví a salvar la Patria de semejantes bárbaros, para quienes no habia nada sagrado ni respetable sobre la tierra, cuando se trataba de sus intereses y de sus pasiones. Monstruos metalizados, sedientos de oro y de placeres, llenos de rencor y de vengaza, habian jurado en sus secretos conciliábulos exterminar Bolivia ántes que descender de sus puestos. Justo, necesario, urgentísimo era arrancarles el poder que usurpaban, y someterlos a juicio por los innumerables crímenes que habian cometido y que estaban cometiendo todos los dias. Habiàñse tomado todas medidas: la mayor parte del Ejército estuvo dispuesto a obrar contra el Ministerio en el sentido que exigian las circunstancias. Yo debí ponerme a la cabeza del movimiento, seguro de que los pueblos me llenarian de bendiciones y me titularian su Libertador. Mas los tiranos se apercibieron de que se hallaban al borde del abismo y obligaron a Belzu a reasumir las riendas del Gobierno. Belzu se exhibe en su palacio como una momia recién exhumada, como un espectro que vuelve del otro mundo, como un fantasma amortajado en un saco talar de fatídica apariencia. Reune a los Jefes y Oficiales del Ejército y les habla de la Providencia, de la eternidad, de su milagrosa existencia; y concluye diciendo, que la voluntad de Dios era que él siguiese mandando. Esta inesperada reaparicion de Belzu hace variar las cosas; porque la exaltacion del Ejército habia sido solo contra los Ministros. A Belzu se le creia ménos sangriento que ellos, porque al fin era valiente y como tal, habia dado ya algunas pruebas de

jenerosidad.

ANTES de seis meses reúne Belzu la Convencion Nacional; y hace apariencia de querer dejar el mando. Durante la sesion en que se deliberaba a cerca de la renuncia, permanece el batallon Belzu frente a la Convencion, con las armas cargadas, y con la órden de hacer fuego sobre ella en el momento que admitiese la finjida renuncia. Los Convencionales rehusan admitirla y aprueban la conducta del Ministerio Ejecutivo. Hacen mas: sancionan una nueva Constitucion al agrado de Belzu. La mayoría de aquel cuerpo se componia de empleados y parientes de Belzu y de hombres que en otra administracion cualquiera jamas hubieran ocupado los bancos de la Lejislatura. Uno que otro Diputado honrado se encontraba allí en medio de infames especuladores, de esclavos hambrientos y feroces que no trataban mas que de halagar las pasiones de su amo, por un mendrugo de pan que les arrojaba de vez en cuando. Belzu no se hallaba bien con la constitucion del 39; porque aspiraba a la suma del poder. La suma del poder era su sueño delicioso; y la Convencion satisfizo ampliamente su bizarro apetito: consignò en la Constitucion *la suma del poder*. He ahî los grandes servicios que la Convencion de 1851 hizo a su patria.

DIFICIL era derrocar un gobierno investido de un poder tan formidable, que tenia a discrecion suya las vidas y las haciendas de los ciudadanos; que disponia a su arbitrio de los caudales y de los empleos públicos; que nombraba y destituia caprichosamente a toda clase de funcionarios; que elevaba a los mas indignos y que perseguia de muerte a todos los hombres de mèrito.

NADIE ignora cual ha sido la conducta de Belzu despues de la Convencion. Nadie ignora cuanto ha sufrido Bolivia bajo su feroz dictadura.

¡ABAJO viejos! decia; porque habia visto en los hombres proectos del 48 el antemural mas firme de las libertades públicas. ¡Abajo viejos! decia; porque estaba convencido de que hombres de larga carrera y de honrosos antecedentes no se esclavizarian fácilmente a su voluntad. Elevó la juventud; pero ¿qué juventud? ¿Llamó acaso a los destinos públicos aquella juventud que marchaba tras la vejez, aquella jeneracion intermediaria en-

tre los viejos y los muchachos? Llamò acaso aquellos jòvenes que por sus pocos precedentes, por sus conocidas virtudes cívicas, por sus luces y por su noble ambicion de gloria y de renombre fijaban la atencion y las esperanzas del pais? ¿Llamó acaso a los Corteses y Delgadillos, a los Romallos, y Reyes Cardonas, a los Valles y Clavijos, a los Salinas y Galdos, a los Terrazas y Zanabrias, a los Rosas, Zarcos, Aguirres, Romeros y tantos otros que hasta ahora permanecen arrinconados? ¿Llamó en la lista militar a los Camperos y Armazas? No por cierto; llamó tan solo a una clase de juventud que no tenia ni nombre que respetar ni reputacion que perder, a una clase de juventud sin precedentes que ofrecieran garantia alguna al pais, a una juventud, que si podia figurar con provecho en una escala de aprendizaje, colocada de improviso en puestos elevados, no podia ménos q' corromperse y ser funesta al pais, como instrumento dócil de los caprichos de un mandatario que remuneraba con profusion sus degradantes servicios. Los Reyes y los Valdas, los Muñozes, y Molinas; los Hermonas, Belmontes y Alcorezas, los Lozanos y Salvatierras y otros de este tenor han sido los Ministros, los Consejeros, los Prefectos y los escritores de Belzu. Estos han sido los dominadores del pais por el espacio de seis años. *Viejos no han faltado* tampoco, que han servido de modelos y maestros a esta aciaga juventud: viejos como Telles, Valdivieso, Agustin Tapia, Miguel Barron, Hernandez, Urquidi, Unsuetta, D. Juakin Aguirre, Povil, Cardon & Los nombro, no los califico. La opinion es la que califica a los hombres pùblicos; y la opinion ha pronunciado ya su fallo. No bastará que protesten contra mis palabras, para destruir la fuerza de ellas que está en la verdad. No bastará que escriban virulentas impugnaciones contra mi, para rehabilitarse en el concepto pùblico. Es preciso que señalen los bienes que han hecho al pais.

EN Febrero de 53 fuí nombrado Ministro de la guerra. Poco despues sobrevino la cuestion inter nacional con el Perú cuestion provocada por el mismo General Belzu, que rompió el tratado de Arequipa y espulsó de hecho a los Agentes Diplomático y Consular de esta República. Una fuerte division ocupaba ya el Departamento de Puno. Ajitábase el Ministerio porque se hicieran prontos pre-

parativos de guerra para rechazar la invacion que amenazaba a Bolivia. En un Consejo de Ministros se le estrechó al Presidente a fin de que no conservara la patria por mas tiempo en estado de indefension. Belzu escuchaba nuestros apuros con sarcástica indiferencia: se cortaba las uñas durante la sesion, con esa inmunda grosería que lo caracteriza; y lanzando inquietas miradas hacia a las mujeres q' pasaban por la plaza, manifestaba completo desprecio por nuestros temores. Interpelado por fin a decirnos el fundamento de tan absoluta confianza, llamó a su secretario privado Amaro Alvarez, y le ordenó que le presentara una carta consabida del Perú, que tenia en su escritorio. Presentada que le fué, le manda que la lea al Consejo. Era carta de un personaje mui notable del Perú, en la que se le decia a Belzu, que no aumentara su Ejército ni con un soldado, y que mas bien lo disminuyera si era posible. Concluida la lectura, el General Belzu yergue la frente y nos dice: "Ya ven UU., "SS., lo que son los peruanos? Unos por ambicion y otros por codicia son capaces de vender su patria al gran "Turco. Lo mismo se alarmaba el Ministerio cuando el "Sr. Zegarra hacia apariencias de exigir el cumplimiento "del tratado de Arequipa en cuanto a la moneda. Para "entônces tenia yo cartas del Presidente Castilla, en las "que me decia que sin recelo siguiese haciendo acuñar "moneda feble. Mucho partido tenemos que sacar toda- "vía de la cobardia y de la falta de patriotismo de los "peruanos. ¡Qué diferencia de ellos a nosotros!" Habiendo pronunciado estas palabras, soltó la carcajada y levantò la sesion. Todos los Ministros nos retiramos llenos de asombro al paso que de una especie de orgullo nacional.

¡CUANTO no trabajé con el General Belzu para que renovara el personal de su administracion y regularizara la marcha de su gobierno! Si acepté el ministerio de la guerra fuè tan solo con este designio; pero mis reflexiones le parecian intrigas, y mi patriotismo traicion. La revolucion del Departamento de Santacruz le sirvió de pretexto para acabar de desestimar mis consejos y para separarme del Ministerio. Me encomendó una division para marchar a aquel departamento, y me diò orden de reducir la ciudad a escombros. Yo acepté la comision

por evitar que Belzu la encomendase a cualquiera otro, que no habria reparado en hacer desaparecer aquella hermosa poblacion. Fâcil me fué pacificarla sin haber derramado una gota de sangre. Los que habian levantado el estandarte de la revolucion eran mis conciudadanos, mis hermanos y mis amigos. Yo no los hubiera asesinado por complacer a un tirano sanguinario, que habia hecho un sistema de ligar a las masas y a los hombres, por medio de atentados pùblicos, a su administracion. A mi regreso de Santacruz me presenté a darle cuenta de mi conducta, y sufrî amargas reconvençiones por haber dado pasaporte a los Jefes y oficiales comprometidos, y por no haber hecho desaparecer la ciudad a cañonazos. "Para qué sirven los cruceños?" dijo Belzu; y volviendose a su Ministro D. Joaquin Aguirre, continuó, "¿No es verdad Sr. Aguirre, que ese pais debe desaparecer?" Y el Ministro le contestó: *Sí Señor.*

EN diversas ocasiones habia procurado separarme de la administracion. Mas el General Belzu se oponia siempre a mi empeño, hasta verme comprometido en su favor por algun atentado pùblico. Mi conducta en la espedicion a Santacruz le hizo perder toda esperanza de anularme ante la opinion; y desde entónces me fué ya mui posible apartarme de la escena. En completo desacuerdo con él, me retiré a la ciudad de la Paz, y de allí a la provincia de Yungas. En esta ueeva y feliz posicion pude ponerme en contanto con los honbres que no pertenecian al círculo de Belzu y ver el verdadero estado del pais. Desde principios del 54 se me empujaba a la revolucion por una gran mayoria de patriotas. Yo aconsejaba a todos que esperasen las elecciones, porque en ellas se podia variar pacíficamente el personal del gobierno. En esto estalla la revolucion del General Acha. Con tal motivo se me llama de mi retiro y se me encarga de la Comandancia General de la Paz. Yo acepté el puesto decidido ya obrar en el sentido de la voluntad nacional. Doloroso me fué desengañarme de que el General Acha habia cometido el error de investirse del mando Supremo de la República. No contesto las buenas cualidades que adornan al General Acha; le reconozco mas bien un pecho mui noble y mui digno de ser cruzado con la banda tricolor. Pero no era él el hombre llamado por los pueblos, sino

el Sr. Linares. Si hubiera invocado este nombre, la República entera se habría levantado en masa. En este, y no en otro sentido, estuve dispuesto a secundar su levantamiento contra Belzu.

TERMINADA esa revolución del modo que todos saben, era preciso buscar otro medio de salvar el país. En Enero de este año vuelve a la Paz el General Córdova con los batallones Belzu e Ilimani. En los dos cuerpos había Jefes y oficiales patriotas, que se pusieron en relación con migo. El 14 de Enero debió hacerse el movimiento por ambos. Pero no faltaron traidores que habían delatado la revolución a Córdova. Cuando el pueblo se puso en movimiento y me lancé yo al cuartel, los cuerpos habían estado ya sobre las armas, y presos algunos de los jefes y oficiales comprometidos. Fracazó pues la tentativa, no por falta de acierto en las combinaciones, sino por la inconstancia y la traición de algunos de los comprometidos.

TODO el mundo sabe cual fué mi objeto en esta revolución. A nadie le es desconocido que me propuse apoyar con la fuerza el voto de los pueblos, harto manifiesto desde mucho antes por el Sr. Linares.

CONOCEDOR de las intenciones de Belzu, que quería dejar el mando a su hijo político el General Córdova, me puse de parte de la opinión, y rehusé toda clase de inteligencia con el tirano astuto, que no contento con haber oprimido el país por el largo espacio de siete años, quería también entronizar a su yerno. Me quedé oculto en la Paz hasta la publicación de la amnistía decretada por el Congreso. Cuando salí a luz estubo ya preparada la revolución en toda la República, y yo comprometido y resuelto a obrar en la Paz. Los hombres de acción, los bolivianos sensatos, los patriotas mas exaltados, todos, hasta las masas, habían cifrado sus esperanzas en las elecciones y suspendido las vías de hecho hasta que no tuviesen lugar las de derecho. No se podía haber obrado con mas patriotismo.

PERO ¿cuál fué la suerte de las elecciones? Los agentes del poder, no solo se valieron de la influencia de los puestos que ocupaban, sino que emplearon la fuerza, la violencia y el fraude, para que resultase una mayoría aparente en favor del General Córdova. La clase de o-

posición que se hizo a la candidatura de este General era ilustrada, moderada y patriótica, como puede verse en los periódicos que sostenían la candidatura del Sr. Linares. La prensa ministerial era mordaz, amenazante, rastrera y calumniosa. El pueblo potosino protestó contra las violencias del Prefecto Moreno, del Comandante General Molina y del Mayor de Plaza Barrientos, que coactaron las elecciones, y contra el Intendente de policía Barbeito, que hacía votar a palos por Córdova. En Oruro se han hecho los escrutinios de noche en la casa del Prefecto, y los votos que se habían emitido en favor del Sr. Linares aparecían al día siguiente en favor de Córdova. En Cochabamba se hizo aparecer centenares de votos en cantones que no contenían ni 15 ciudadanos, calificados. En la Paz fueron aun más escandalosos los atentados contra el derecho de sufragio. Los gobernadores de provincia Equino, Rada, Belmonte, Peña y Guachalla cometieron excesos inauditos contra los ciudadanos. Los que votaban por el Sr. Linares eran perseguidos de muerte. En Guaqui se puso en la cárcel a todos los sufragantes. En Chuchulaya y Huaicho se anularon las actas porque no contenían votos por Córdova. Y para colmo de iniquidades, se forjaron actas falsas en casi todos los cantones, suprimiendo los votos emitidos por el Sr. Linares y suplantando otros imaginarios por el General Córdova. Los Correjidores hacían alarde de semejantes iniquidades.

EN la ciudad de la Paz se organizó un club de mashorqueros extranjeros que apaleaban todas las noches a los partidarios del Sr. Linares. El Arjentino Oteiza, el cómico Arana, el chileno Herrera, el sereno mayor, los dos Rivas, el cómico Manuel España, Ladislao Silva, el zambo Baez y otros de este jaez han sido y son los miembros de la mashorca organizada por el Prefecto Tapia y por Francisco de Paula Belzu, y capitaneada por el Intendente Mosca, el Dartañán de estos Mosqueteros de nuevo cuño. Los escritores públicos fueron el blanco principal de estos bandidos. El Dr. Matienzo, Redactor de "La Discucion", fuè asaltado en su cama y horriblemente maltratado a palos. Los SS. Venegas, Saavedra, Villegas y otros muchos corrieron igual suerte. Otros a quienes buscaban los mashorqueros se ocultaron o fugaron

al exterior, como los SS. Barranco, Ondarza, Mas &. La prensa liberal tenia que publicar los crímenes cometidos contra el derecho de sufragio, las protestas de los pueblos, los vicios y nulidades de las actas enviadas al Congreso y todos los medios reprobados que se habian puesto en juego contra la soberanía del pueblo Boliviano. Pero el poder y la mashorca impusieron silencio a la prensa liberal. ¿Qué hacer en este caso? Aun quedaba otra esperanza. La de que los Diputados, testigos de la falsedad de la mayoría que arrojaban las actas, anulasen las elecciones y mandasen que se procedieran a una nueva eleccion dejando a los pueblos entera libertad, y sometiendo a juicio a los que en las anteriores habian violado de mil maneras la libertad electoral. Mas el Congreso no tuvo embarazo alguno para legalizar tantos crímenes, y proclamar a Córdova Presidente Constitucional de la República. Ya Belzu lo habia hecho proclamar Presidente con el Ejército, en el canton de Yotala, pocos dias antes de la apertura de las sesiones. El Congreso no hizo mas que segundar esta proclamacion, y complementar y legalizar la farsa de las elecciones. Belzu habia dado repetidos ejemplos de acabar a balazos con los Congresos que contrariaran sus miras. Si algunos Diputados patriotas hubieran levantado la voz para protestar contra las actas falsas sobre que se hacia el escrutinio, el Congreso todo hubiera sido víctima. Con este fin se habia concentrado todo el ejército en la Capital de la República. Bajo tales auspicios se hizo la proclamacion de Córdova. La fuerza armada es la única soberanía a que este General debe su Presidencia.

¿QUE les quedaba pues, a los pueblos en este conflicto? ¿Estaban obligados a someterse a la autoridad de un Presidente constituido por la voluntad de Belzu? Estaban obligados a resignarse con un mandatario elevado al poder, no por la voluntad nacional, sino por sus vínculos de familia con el tirano? Esto era imposible; porque Bolivia habia consignado en todas sus Constituciones el principio de que *no podia ser el patrimonio, de ninguna persona ni familia*. Un cadete que se hubiera levantado, que no fuera de la familia de Belzu, habria sido ménos chocante, y ménos funesto para la patria; por que ese cadete habria sido precisamente una nueva er-

tudad, que no alarmaria, sino a los que le fueran contrarios. Al mismo Córdoba le habria aceptado la Nacion a no haber sido yerno de Belzu. Pero, como hijo de Belzu, el General Córdoba ha heredado con el poder, el círculo de su padre, la Constitucion de su padre, las pasiones de su padre, el despotismo de su padre, y la política inmoral de su padre. Los amigos de su padre son sus amigos, los enemigos de su padre son sus enemigos, los empleados de su padre son sus empleados, y en fin el camino de su padre es su camino. Y entonces ¿quién ha podido tener confianza en sus manifestaciones y en sus promesas? ¿Ahora mismo no está decretando premios y honores a los sostenedores de su padre? ¿Ahora mismo no está haciendo juzgar en consejos de guerra a los patriotas? ¿Ahora mismo no están azotando Tapia y Salinas a los enemigos de Belzu por orden del Gobierno hasta el bárbaro extremo de descubrirles las entrañas, como ha sucedido con el ciudadano Llanos, a quien despues de los azotes le pusieron tambien una barra de grillos? ¿Ahora mismo no está en el Ministerio el Dr. Benavente, autor del decreto de confiscacion? ¿Y Tapia no está de Prefecto, ejecutando este decreto, y haciendo embargar los bienes de los mas pacíficos ciudadanos? ¿Qué importa que el Congreso hubiese derogado ese decreto cuando en la práctica se halla vijente? Es imposible que un círculo avezado a los abusos y a las violencias pueda marchar conforme a las leyes.

LA revolucion era el único medio de salvar la patria. Todos los partidos han estado acordes en esto. De todos los Departamentos me han escrito a la Paz avisándome que los trabajos estaban concluidos, e instándome a lanzarme de una vez; puesto que el Congreso habia canonizado la supuesta eleccion de Córdoba. Despues de la revolucion fracasada del General Acha, jamas incurri en la funesta equivocacion de creer que las elecciones se harian con legalidad, ni que el Congreso pudiese invalidarlas por los innumerables vicios que las hacian nulas. En varias ocasiones estuve resuelto a derrocar a Belzu y prevenir nuevos escándalos y crímenes como los que han completado la desmoralizacion del pais. Impidiéronmelo los hombres de la oposicion, alucinados con la aparente libertad de imprenta y con la medida

que tomó Belzu de prohibir que votasen los individuos del Ejército. Ya hemos visto en qué vino a parar la libertad de imprenta y qué suerte les cupo a los escritores liberales. En cuanto al ejército, ¿con qué facultad prohibió el Gobierno que los Jefes y oficiales votasen en las elecciones? ¿No eran ciudadanos? ¿No estaban inscritos en el registro cívico de su patria? En hora buena que no votase la tropa, porque las leyes vijentes se lo prohibieran; pero ¿los Jefes y oficiales? Así disponen los tiranos de los derechos mas sagrados del ciudadano. Belzu ha hecho alarde de esta medida, en su último "Mensaje", como de un rasgo de política liberal. Pero a nadie se le oculta que Belzu confiscó el voto de los militares en obsequio de su hijo político. Conoció que éste no tenia simpatías entre los Jefes y oficiales: que estos, aunque no engrosasen el partido del Sr. Linares, se dividirían entre los Generales de mérito que no pertenecieran a la familia del tirano; y que una vez emitidos sus votos en las elecciones se propondrían tal vez sostenerlos en el campo de batalla, llegado el caso de ser burlados. Ningun militar, a no ser tonto, cree haber sacrificado su derecho en obsequio de la libertad de su patria.

ASI alucinó Belzu, con medidas aparentemente liberales, a los hombres de bien del país. Pero pronto salieron todos del engaño, y la revolución se precipitó.

DIOSE la señal en Achacache, donde se hace el movimiento encabezado por los Coroneles Zapata y Montalvo y por el Teniente Coronel Gutierrez, el 14 de Setiembre. El 15 por la tarde recibo aviso oficial del Coronel Montalvo, quien me anuncia su inmediata marcha sobre Guarina y Pucarani. Salgo en el momento de la Paz a reunirme con dicho Coronel en Pucarani, con el fin de volver al día siguiente sobre aquella ciudad con los doscientos hombres que me aseguraba tener a sus órdenes. Llego a Pucarani a las diez de la noche, y no encuentro ni cien hombres. Pero al día siguiente tuvimos ciento treinta nacionales de Pucarani, Aigachi y Laja, incluso cuarenta paceños que el Coronel Montalvo habia tomado en Achacache. Con esta fuerza trato de marchar sobre el alto de la Paz, seguro de que mi presencia allí con la pequeña fuerza de que disponia seria suficiente para que la población se levantase en masa, y de que la

revolucion se consumaria en el departamento sin una gota de sangre. Mas el Coronel Montalvo me observò: que tenia orden del Sr. Ministro general Dr. Lucas Mendoza de la Tapia para no pasar de Pucarani hasta reunirse con él; pues que debia entrar por la frontera de Huaycho con todos los Jefes y Oficiales emigrados; y con armas, municiones y fondos. El 17 me ocupé en arreglar la tropa y dirijir órdenes a los puntos convenientes. Por la noche recibo un papelito de la Paz en que se me decia que aquella poblacion nos esperaba por momentos para dar el grito de libertad, y que Salinas disponia dos compañías para batirnos. Entendí que esas dos compañías estaban destinadas a esperarnos en la ciudad, lo cual no me daba cuidado ninguno. Ese mismo dia debian haberse reunido en Pucarani la columna de Sorata y la de Achacache con mas las municiones que pedí al Gobernador Zapata. Mas la columna de Sorata, al mando del Teniente Coronel Rufino Rada, se habia quedado en Guarina, a causa de una lluvia que cayó; y por la de Achacache me contestó el Gobernador, que no me la enviaba, porque sabia que yo no tenia ni armas con que armarla ni dinero con que socorrerla; y esa columna que constaba de cien hombres continuò acuartelada en Achacache. En cuanto a las municiones que habian salido de Sorata y las que se habian internado por Yunguyo, el Gobernador no me contestó ni una palabra. Tampoco me dió aviso ninguno de la marcha del Sr. La Tapia, de quien habia recibido ya varias notas. Me era imposible persuadirme de que la pequeña fuerza que habia en la Paz pudiese salir en el estado en que se hallaba aquella poblacion; cuando a las doce de la noche veo que el Coronel Montalvo sacaba la tropa del cuartel. ¿A dònde va esa gente? le pregunto; y el me contesta: "Al parapeto; porque vienen los enemigos." Aunque no me dijo que dato seguro tenia de que los enemigos venian, yo consentí en que la fuerza se aparapetase en la arqueria del atrio de la Iglesia. Allí nos colocamos con la gente, el Coronel Montalvo, el Teniente Coronel Guzman, el Comandante Meave, el Teniente 1.º Arteaga, el Capitan Zapata, el id. Imaña y los Oficiales de la compañía de Aigachi. A las dos horas, cuando mas tarde, se siente tropel de bestias: eran los enemigos que habian salido de

la Paz en el número de ciento cincuenta hombres de línea. Se dirigen al cuartel, en cuya puerta quedó un centinela, teniendo al frente una fogata. Los nacionales de la Paz, que estaban colocados en los arcos fronterizos, hacen fuego y de la descarga caen muertos el Sargento mayor Pedro Moscoso y tres o cuatro individuos de tropa. Muchos han debido ser heridos. Trabase entonces el combate, en el que murió de un balazo el Capitan Zapata que se había puesto muy al descubierto. Después de un cuarto de hora cesa el fuego de una y otra parte. Yo oigo la voz de Molina que se había quedado a distancia de cuatro cuerdas de su fuerza durante el combate. "¡Inválidos: gritaba, a reunirse!" y la banda tocaba también reunión. En estas circunstancias, echo de menos al Coronel Montalvo: no estaba ya en el parapeto. Los nacionales de Aigachi, Pucarani y Laja habían safo por una pared baja de un costado de la Iglesia. El Teniente Coronel Guzman me proponía quedarnos quietos hasta que aclarase el día para continuar el combate. Yo quería concluirlo entonces mismo, cargando sobre los que Molina llamaba a reunión, con los únicos treinta hombres que habían quedado en el parapeto de los valientes de la Paz. Les pregunto si aun tenían paquetes, y me contestan "Sr. ya no tenemos ni un cartucho." Tenerlos por mas tiempo frente al enemigo hubiera sido sacrificarlos esterilmente. Les mandé que se retirasen y se pusiesen a salvo; y yo me retiré también en compañía del Teniente Coronel Guzman.

HABIAMOS sido vencedores: habíanse dispersado y corrido los enemigos. El cobarde Molina que no estuvo en la refriega había conseguido reunir algunos individuos dispersos. La oscuridad de la noche no nos permitió aperebirnos de nuestra propia victoria; y la falta de municiones me obligó a dejar el campo, que, municionados, los treinta hombres eran bastantes para completar el triunfo.

A pié tuve que retirarme hasta Guarina, a donde llegué al día siguiente 18 de Setiembre. Allí supe que el Ministro debía haber llegado ese mismo día a Ancoraimes. Con este conocimiento hice que las columnas de Sorata y Achacache marchasen a reunirse con él. En efecto mas de doscientos hombres se pusieron en marcha pa-

ra Ancoraimos. A las nueve de la noche nos encontramos con el Sr. La Tapia, que marchaba sobre Achacache con la compañía de Huaycho y con los Jefes y Oficiales que lo habian acompañado desde el Perú, y los que se le habian reunido en su tránsito. Seguimos la marcha hácia a Achacache hasta el punto de Sotalaya, donde dormimos esa noche. Al dia siguiente se armaron de fusiles las dos columnas, que unidas con la compañía de Huaycho formaron un batallon. El Ministro habia dado en Huaycho mismo la órden general, organizando este cuerpo y colocando como a Jefes de él al Coronel Pláside Yañes, al Teniente Coronel Rufino Rada y al Comandante José Santos Cárdenas. Asi que no hubo mas que arreglar las compañías lo que se hizo inmediatamente en el mismo Sotalaya. A medio dia estuvimos en Achacache con el batallon. El Sr. La Tapia queria avanzar inmediatamente sobre Guarina en busca de los enemigos vencedores. Pero se le observó que la tropa estaba fatigada de tanto andar; y que era preciso que descansase esa noche a lo ménos hasta las dos de la mañana siguiente. Por la tarde mandó gratificar al batallon, medida que yo desaprobé interiormente, porque veia que la tropa se embriagara con el dinero de la gratificacion. Pero el Coronel Zapata le dijo al Ministro que asi convenia: que los nacionales de Achacache estaban entusiastas para vengar la sangre de su Capitan. A pesar de la órden de no introducir licor ninguno al cuartel, al anochecer apareció ya embriagada la gente de Achacache. Hubo sin duda algun trabajo secreto de los agentes del partido cordovista, que solo embriagandolos, se pudo haber causado un trastorno en los nacionales de Achacache, quienes se habian decidido con tanto ardor por la causa de la libertad y por la candidatura del Sr. Linares. Desde las seis de la tarde comenzó el desorden en el cuartel. Un poco mas tarde recibimos por los oficiales de la avanzada avisos falsos de que se aproximaban fuerzas enemigas, y en el momento mandé que se repartieran maniciones al batallon. El Jefe cumplió la órden respecto de la compañías de Sorata y Huaycho, que permanecieron leales hasta el último momento; no asi respecto de la de Achacache, de cuyo espiritu de reaccion habia estado ya apercebido. "¡Paquetes! ¡paquetes!" gritaban los achacacheños, y las mu-

geres respondian de la plaza con iguales gritos. Un sargento dió un paso atras de la línea de formacion, preparó su fusil fulminante, arma que pocos momentos ántes se la habia dado D. Manuel Imaña, y lanzándome una siniestra mirada dijo: "Mal haya que no tenga un fósforo." Yo podia haber mandado fusilar inmediatamente a ese sargento; pero era un paso que repugnaba a los principios de la revolucion, en la que nos habiamos propuesto no derramar una gota de sangre, sino en los combates. A las once de la noche la reaccion estuvo consumada: toda la compañía de Achacache se habia pronunciado, no por Córdova, sino por Belzu. Sus propios oficiales, que eran hijos del pais, los habian abandonado desde temprano, excepto un tal Guerrero que se mantuvo firme hasta el fin. El Gobernador Zapata, a quien el Sr. La Tapia y yo hicimos buscar en todas partes, se ocultó. Hecha la reaccion en el cuartel por la compañía mas numerosa y mejor armada del batallon, ¿qué nos restaba que hacer? Ocurrir a la fuga como al único medio de salvacion. Nos retiramos pues, en compañía de todos los Jefes y Oficiales que no se habian ocultado de antemano, y al salir del pueblo se nos hizo dos tiros de bala. Anduvimos toda la noche por la cordillera, y al dia siguiente por la noche llegamos a territorio peruano, hostilizados por la indiada de los lugares del tránsito hasta las seis leguas adentro del Perú.

A la noticia de los contrastes consecutivos de Pucarani y Achacache se habia desvanecido tambien la revolucion de la provincia de Muñecas; y el Teniente Coronel Apolinar Morales, que de orden del Sr. La Tapia habia entrado a dirijirla, tuvo que volver al Perú con los Oficiales de su comitiva.

EL movimiento popular de Corocoro y otros pueblos se desvaneció tambien, a causa de los contrastes de Pucarani y Achacache.

UN incidente pequeño é inopinado ha hecho fracasar una gran revolucion. Tan deplorable contraste no es imputable a ninguno. No ha sido sino un caso fortuito de los muchos que ofrece la historia de las revolu-

ciones. Admirable fué el entusiasmo con que los pueblos alzaron el grito de libertad. Los ciudadanos que se habian armado para apoyar y sostener este grito no han causado daño ninguno ni a los mismos enemigos, sino en el combate de Pucarani provocado por ellos mismos. Mienten los mercenarios escritores del poder, cuando aseguran que la revolucion ha hecho sufrir a los pueblos.

EMPERO los vencedores han abusado bárbaramente de la victoria. Molina ha hecho tender en el suelo al Comandante Meave para castigarlo con azotes. El atentado se hubiera consumado a no haberse presentado oportunamente a impedirlo el Coronel Eguino, que al fin es otra clase de hombre. El Coronel Montalvo ha sufrido vejaciones inauditas del mismo Molina y del Gobernador de Larecaja. El Intendente de policía de la Paz ha mandado poner formidables barras de grillos a los Curas, que de órden de la Prefectura habian sido presos en las provincias de Yungas, Omasuyos y Pacajes. El Dr. Mejia, Cura de Santiago, ha sido objeto de la diversion brutal del Intendente de policía, quien lo mandò sacar de su calabozo en alta noche, cargado de prisiones, y lo hizo conducir a la plazuela de San Pedro, intimandole que allí iba a ser pasado por las armas. Se asegura que el zambo Baez, vestido de clérigo, hizo el oficio de confesor, con el fin de arrancarle al penitente la manifestacion de los grandes planes revolucionarios de que se le suponía depositario; y que convencidos, por este medio tan criminal, de la inocencia del Cura, lo volvieron a su prision. Este atentado, aunque cometido en las tinieblas de la noche, no ha dejado de traslucirse en la Paz y de aumentar la indignacion pública contra el gobierno, que mantiene en los empleos públicos a hombres tan ignorantes y tan atrevidos como el mosca Salinas, cuyos hechos nunca podrá castigar suficientemente la justicia humana.

TAPIA, Belzu y Salinas han formado en la Paz un espantoso triunvirato. Ellos son los que dirijen las publicaciones de la prensa y las operaciones de la mas horca. Ellos son los que persiguen de muerte a los patriotas, haciendo tomar presos todos los dias, en la Capital y en las provincias del Departamento de la Paz, pa-

ra despacharlos a los calabozos de la fortaleza de Oruro. Ellos en fin son los que no se cansan de desmoralizar las masas. En Pucarani me fueron presentadas varias órdenes y cartas suyas dirigidas a sus agentes de las provincias con el objeto de sublevar la indiada contra los patriotas. Esos documentos, que algun dia hubieran debido encabazar el proceso de aquellos hombres funestos, quedaron juntamente con las actas de los pueblos en la mesa de revision: Molina ha hecho de ellos buena presa. Los atrocísimos asesinatos cometidos por los indios en la persona del Dr. Guerra, en la del jóven Pinedo, y en la del oficial Sagarnaga, léjos de retraerlos de exitar el levantamiento de la indiada, parece que mas bien los han estimulado a insistir en el uso de una arma tan vedada; pues que, despues de las desgracias ocasionadas por semejantes medidas, en Nasacara, Caquiaviri y Sicasica, todavía han levantado la indiada de Viacha y otros cantones, a consecuencia de la última revolucion. Estos hombres obran seguramente en conformidad con las intenciones del gobierno; porque sino fuera asi habrian ido ya a dar a un presidio. Confirmarâse esta presuncion si se tiene presente la órden suprema de 20 de Setiembre, que autoriza a todos los agentes subalternos del Poder Ejecutivo para prender a todos los *sospechosos*, quedando por sueto la clasificacion de estos al arbitrio de los Prefectos, de los Gobernadores, de los Intendentes de policia y de los Correjidores de Canton. ¿Y estrañan los hombres del poder que los pueblos se levanten, toda vez que pueden contra un réjimen que los pone a merced de la voluntad de unos pocos hombres poseidos de las pasiones mas innobles?

LOS escritores asalariados del General Córdova preguntan qué principio hemos proclamado los que hemos hecho la revolucion y qué motivo nos ha dado aquel General para habernos lanzado a ella. No hay sinceridad ni buena fe en esta pregunta; porque los principios que hemos proclamado y los motivos que hemos tenido para habernos lanzado a la revolucion están en la conciencia de todos los bolivianos. Solamente los extranjeros Oteiza y Molina pueden ignorar esos principios y esos motivos; porque para ellos no hay mas principio ni mas

motivo que su conveniencia personal. Todos saben las ventajas que el gobierno acuerda a estos mercenarios, para quienes la prensa es un instrumento de difamacion pública. Si fueran bolivianos no lastimarian en sus escritos tan ferozmente a sus hermanos. Tengo ahora mismo a la vista un comunicado insolente y grosero publicado por J. M. Molina bajo su propio nombre en la "Nueva Era" de Sucre. Y como ese periódico es oficial, es claro que el artículo de Molina se ha publicado de orden del Gobierno. En él se nos trata a los patriotas de *bandidos infames, cuadrilleros, traidores, ladrones y salteadores*. El Gobierno buscò al extranjero mas vil y mas desvergonzado para que firmase tan asquerosa produccion; porque ningun boliviano habria sido capaz de prestarse a semejante infamia. Y luego se titula, en ese mismo artículo "Gobierno puro y lejítimo, respetable é ilustrado Ministerio." Ningun Gobierno puro y lejítimo ni ningun Ministerio respetable é ilustrado consiente semejantes publicaciones ni se sirve de tan viles instrumentos, para desahogar una rabia que no parece humana.

LOS pueblos elijieron al Sr. Linares, y una mínima parte de la nacion realizó el testamento de Belzu, imponiendo a los pueblos la autoridad del General Córdova. Luego nosotros hemos proclamado el principio de la soberania popular, procurando establecer la autoridad del Sr. Linares. Los pueblos se han levantado espontáneamente en masa en los puntos en que han sido apoyados, de un extremo a otro de la República: de la Quiaca al Desaguadero. Si los esbirros del usurpador no hubiesen ocurrido tan pronto a Pucarani, el incendio hubiera sido general en la República.

¿TUVIERON o no motivo, los pueblos para haberse estado levantando tan a menudo contra el poder de Belzu? Esos mismos motivos obran contra el General Córdova, mas los crímenes cometidos en las elecciones. ¿Qué mal les ha hecho el General Córdova? dicen los insensatos, como si se tratase tan solo de los males personales de unos pocos hombres como somos nosotros, y no de los grandes males del pais a quien se le ha dado un amo contra su voluntad. La condicion de Bolivia es

peor que la de un negro esclavo, a quien la lei le deja siquiera el triste derecho de elejir a su amo. Ya estamos viendo si el General Córdova es hombre de hacer males o no. Un poco mas tarde lo veremos mejor.

LOS escritores de "La Epoca" me hacen un reproche, y es el de no haber hecho la revolucion para mí en vez de hacerla para el Sr. Linares. ¡Miserables! me han creído un cándido seguramente, o no han visto mas que las personas en la cuestion radical y profunda que el pais ha tomado a cargo. Han querido que yo asaltara el mando Supremo de la República, como el General Belzu, atropellando los derechos mayestativos de la Nacion. Era preciso que yo fuese un ambicioso vulgar y descarado, para no acatar el voto de los pueblos. Desde que estos votaron por el Sr. Linares, a él debí reconocer como a Jefe lejítimo de la Nacion. Mui distante me hallo de esa necia presuncion, que tienen algunos militares, de no someterse a un Doctor; porque sé mui bien que el derecho no emana de la fuerza, sino de la lei. Someterse a un Doctor elevado al poder por el voto libre de los pueblos es someterse a las leyes de su patria, es respetar la voluntad de la Nacion, a quien el soldado ha consagrado su vida. Contrariar esta voluntad en favor de una persona, por interes de un grado o de sueldo es ser esclavo rebelde a las leyes y traidor a la patria. Los tiranos desaparecen tarde o temprano; desaparecen como Belzu, sin poder encontrar un asilo en ninguna parte, pues todo el mundo los mira con horror. Solo el pueblo es eterno; y entre un tirano feroz y un pueblo desgraciado no cabe eleccion para un militar que conoce sus deberes.

MI padre habia sido uno de los caudillos de la Independencia, y una de las víctimas decapitadas en la Paz el año nueve. Mi tio el General Lanza habia hecho tambien la guerra de la Independencia, y habia muerto en Chuquisaca el año 28 defendiendo la libertad naciente de Bolivia, bajo la administracion del General Sucre. Muchos deudos míos han sido mártires de la patria. Yo no podia ser infiel a las gloriosas tradiciones de mi familia, sosteniendo el despotismo o apoderándome a la fuerza de los destinos de mi pais. Mal me conocen los

que se proponen tentar mi ambicion personal, para dañar a la causa pública.

QUE el Sr. Linares estirparia el ejército es una miserable impostura que en el dia oyen con desprecio todos los militares sensatos. A mi me consta que el Sr. Linares no abriga semejante intencion, que no seria ni justa ni racional. Su anhelo es salvar la patria, y su plan organizar el pais sin desatender a ninguna de las clases existentes: establecer el imperio de la lei para que de ella, y no de los caprichos de un hombre, sea de frak o casaca, dependa la suerte de todos los Bolivianos, desde el Presidente de la República hasta el último ciudadano. Los militares sensatos y patriotas estan convencidos de que solo de este modo podran servir con honor a la patria y asegurar una suerte estable y lisonjera. Cansados estamos de ser el juguete de la veleidosa arbitrariedad de un dêsputa, que hoi delira con un Jefe, a quien dá de baja mañana: que improvisa categorías para luego enviarlas al destierro o al rincon de su casa, sin otro principio que la de su versatilidad; y que a veces manda fusilar por antojo a sus mismos favoritos, como ha sucedido con el Teniente Coronel Guzman. El Ejército no puede encontrar garantias, sino en un Gobierno ilustrado y verdaderamente nacional. En la bien constituida República de Chile, los Generales de Reputacion continental, como Bulnes y Blanco Encalada, sostienen al Dr. Mont. Tambien hai militares patriotas en el ejército boliviano, como los Generales Agreda, Avila, Acha, Sanjines, como los Coroneles Sanchez, Bravo, Yañez, Villegas, Soto, Armaza, Montalvo, Borda, Melgarejo, Chinchilla, y otros infinitos para quienes seria alta honra sostener con su espada al elejido de los pueblos, que es el Doctor Linares. Esto es patriotismo o no? Respondan los sostenedores de la presidencia robada del General Córdova.

LOS excesos ulteriores del gobierno usurpativo y dictatorial del General Córdova justificarán aun mas que este Manifiesto, la conducta que he observado en los sucesos que acaban de pasar. Con este escrito satisfago un tributo que debo a mi patria, y contesto una vez por

